

# LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publican noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. — Los pagos podrán hacerse de anticipado a esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. — Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece. — El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### ¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL  
DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(Conclusión.)

—Vamos, hija mía, la dijo, es preciso que tengas valor, que procures mejorarte pronto.

—Ay, de mí, no lo espero! respondió ella con voz débil; me siento tan enferma! y luego he llorado tanto hoy, que mi cabeza se extravía y mis sienes parecen que van a estallar!

—Has llorado! y por qué? preguntó con dulzura el sacerdote.

—Oh! por ellos; por ellos! verlos partir creyéndome acaso una ingrata, y no ser dueña de detenerlos...

—Mañana vendrán; todos los días les tendrás aquí.

—Lo permitirá mi padre? les dejará volver otra vez? preguntó la niña con afán.

—Quien lo duda, replicó el sacerdote: él te ama mucho; te ama con locura y por complacerte hará todo cuanto desees.

—Quizá sí, murmuró Nina con un acento en que vibraba un rayo de esperanza. Quizá sí, si él supiera comprender todo el bien que me hace!

El padre Antonio tocó la frente de Nina y la encontró ardiendo.

—No ha vuelto a verte desde esta tarde? la preguntó con voz cariñosa.

—No señor; solo Clara, esa, a quien puedo llamar el ángel de mi guarda, ha estado conmigo.

—El vendrá, y tal vez....

—Sí; yo lo deseo, padre mío; y luego... no sé por qué, pero tengo miedo.

Miedo

—Oh! padre mío, V. es un santo; yo he visto hora por hora su vida entera, y creo que en su corazón está Dios y en sus palabras la verdad. V. también me ha amado mucho, bien lo sé; ha procurado siempre hacerme comprender la vanidad de las cosas mundanas y la eternidad de las del cielo. Pero... habré yo sabido comprenderle bien, habré cumplido exactamente los deberes que Dios me impuso al mandarme a este valle de lágrimas? me perdonará las faltas cometidas? cree V. que....

—¿Por qué hablas así, hija mía? exclamó el sacerdote enjugando una lágrima.

—Por que he soñado que mi madre me llamaba desde el cielo, y besando mi frente quería sacarme de un mundo en donde todo son lágrimas y temores.

El anciano se estremeció.

—Sin saber por qué las palabras de Nina le hicieron daño.

Aquello sin duda era el delirio de la fiebre, pero aquel delirio era triste y se asemejaba mucho a la verdad.

La respiración de la enferma era agitada y fatigosa.

Aquel pobre ángel era un frágil cristal que no había podido resistir tantos choques continuados.

A medida que adelantaba la noche, su exaltación crecía, y la calentura aumentaba.

Sus ideas se extraviaban cada vez más y las pala-



ris rotaban de su boca como se escapan las perlas de un hilo roto.

En vano Clara y el padre Antonio trataban de calmarla.

Ella había dicho bien; había llorado tanto aquella tarde que sus sienes estallaban.

Por una rápida transición de ideas, y recordando acaso las que más le habían impresionado, la noche del baile apareció á su imaginación con todos sus menores detalles.

Se creía otra vez en aquellos salones iluminados y llenos de gente, y cediendo al trastorno de su mente, su voz dulce, suave y encantadora se elevó entre el silencio de aquella triste habitación conmoviendo el alma de cuantos estaban en ella.

Aquel canto, en semejante estado, era una cosa imposible de describir.

El marqués lo oyó desde su cuarto y acudió apresurado junto á su nieta.

—¿Qué es esto? exclamó, presentándose de improviso, ¿qué es esto? ¿por qué canta? Ese esfuerzo la va á hacer mal.

—Es que delira, señor, respondió Clara consternada.

—Hija, hija de mi alma! exclamó el marqués adelantándose: calla, calla por Dios, ese canto me parte el alma.

La figura del marqués, saliendo de entre la sombra al aproximarse al lecho de Nina, recibió de lleno la luz de la lámpara que medio cubierta con una pantalla azul dejaba en una semi oscuridad lo demás de la habitación.

Nina respondió con un grito á las palabras de su abuelo.

—Mi padre! exclamó procurando incorporarse, mi padre Oh padre mío ¿eres tú? sí, te he reconocido. Es tu imagen, tu imagen la que veo! Dios mío, Dios mío!

El esfuerzo hecho por Nina fué tan violento, que hubiera saltado del lecho á no haberla sujetado el padre Antonio que aun permanecía junto á ella, pero este esfuerzo, ay produjo el resultado espantoso que Albareda había previsto.

Un terrible vómito de sangre terminó aquella crisis espantosa.

Oh! era horrible ver á aquella niña delirar y modular su canto entre bocanadas de sangre.

Un desmayo profundo sucedió á la violenta exaltación que la embargaba y que á durar un poco más, quizá la hubiera dejado sin vida.

Al amanecer, todo estaba callado y silencioso en el cuarto de Nina.

Ninguno de los que habían presenciado su recaída se habían separado de allí.

La señora de Montemar también acompañaba á su hermano.

Julio era el único á quien no se permitía el permanecer en aquella estancia.

Quizá su madre adivinaba que él más que nadie sufría con aquel tristísimo espectáculo, y quería evitarle aquel dolor.

Quizá también en su calidad de jóven no estaba bien en la habitación de la pobre niña enferma.

Todo, según hemos dicho, permanecía en una quietud abrumadora.

De pronto, y rompiendo aquel tristísimo silencio, se escuchó un suspiro de la enferma.

Todos fijaron en ella su atención.

Nina abrió los ojos, y paseó en derredor una lenta mirada.

—Clara, dijo con voz débil, y después de un instante. Clara, por qué estás aquí, querida hermana mía? ¿es de día ya?

—Oh sí, se apresuró á responder la jóven; no ves la blanca claridad que ilumina los cristales?

—Oh! que noche tan larga, que noche tan fatigosa! cuánto he soñado durante sus horas!

El marqués se aproximó también y besó la frente de su nieta.

Sus facciones estaban desencajadas y sus ojos hundidos.

Parecía que habían trascurrido 20 años por aquella cabeza encanecida!

Ay! las horas que se pasan junto al lecho de dolor de un ser querido, tienen la angustia de la muerte y la duración de la eternidad!

Nina correspondió á la muda caricia del anciano con una ternura infinita, sin embargo en la mirada que fijó en él, había algo de timidez, algo de súplica.

—Padre mío, dijo al cabo de algunos instantes de vacilación, yo suplico á V. que me deje sola un momento con este otro padre de mi alma. Necesito sus consejos, necesito su absolución.

El marqués nada contestó: ¡las lágrimas le ahogaban!

Salió lentamente y todos le imitaron.

Nina y el padre Antonio quedaron solos.

De los labios de la jóven brotó sin esfuerzo, y como brota el agua de un manantial trasparente y clarísimo, la confesión de su vida, de aquella vida tan inocente como la sonrisa de un ángel.

Nadie había advertido á la niña de que su existencia estaba en peligro.

Sin embargo ella acudía á Dios buscando en su bondad consuelo y sosten.

—Ahora, murmuró, ahora, padre mío, ya estoy más tranquila. Creo que no sentiré morir, y lo sintiera aun menos si me fuera dado antes de abandonar el mundo realizar el deseo más ardiente de toda mi vida.

—¿Cual? la preguntó el sacerdote más entristecido que ella.

—El de dejar reconciliados á esos dos ancianos que me llaman hija y que me aman con igual ardor.

—Oh eso... murmuró el padre Antonio con pesar: eso es difícil.

—¿Quién sabe! haga V. venir al marqués, dígame que yo se lo ruego.

El sacerdote cumplió su encargo con tanta mayor facilidad cuanto que el noble anciano no había querido separarse de la pieza inmediata y permanecía allí entregado al más rudo pesar.

Al saber que su nieta quería verle, se estremeció profundamente.

Una voz secreta le dijo que entre su amor y su voluntad se iba á librar terrible batalla; pero no vaciló en acudir al lado de la jóven, á quien juzgaba que iba á perder muy en breve.

Penetró pues en la estancia, después de componer el semblante, y acercándose al lecho de la niña,

—Ya estoy aquí, ya estoy contigo, la dijo dulcemente ¿Para qué me quieres, hija mía?

—Primero respondió ella, con una voz suave y pura como la de un ángel; primero para dar á V. gracias por su bondad para conmigo, después...



después... para pedirle perdón por...

—Pedirme perdón, ángel mío! ¿y por qué? ¿qué ofensa has podido hacerme tu, que eres buena como una santa y que solo has pasado junto á mi tan breves días en este valle de amargura?

—Quién sabe! Oh! yo le he amado á V. siempre, yo le he bendecido antes de conocerle y he pedido al cielo por V. todos los días; y sin embargo, el dolor que le causo en este momento, el haber amargado algunas horas de su vejez, ¿no son causas para que yo implore su perdón? Además, padre mío, mi querido padre, en esta hora... en esta hora que tan próximas hace para mí la vida y la muerte, yo imploro también su indulgencia para otra persona que fué muy desgraciada y que fué para V. harto culpable.

—¿Qué quieres decir? preguntó el marqués, que apenas podía contener sus lágrimas. ¿Qué quieres decir?

—Hubo una pobre niña inocente y sencilla que ignoraba por completo las prácticas y las distinciones sociales. Amó y se creyó amada, y este amor causó acaso graves pesares en una noble familia; desavenencias entre un padre y un hijo, que hubieran podido ser más felices si otra alianza...

—Oh! calla, hija mía, calla: te fatigas demasiado.

—Déjame V. acabar; aquella joven era... mi madre. El noble ofendido en sus blasones con aquel humilde cariño es V. Oh! yo le pido de rodillas que perdone á la que me dió el ser; yo se lo ruego, para que cuando vaya á reunirme con ella pueda llevarla el santo presente de su paternal bendición.

El marqués guardó silencio, no por que su corazón se negase á ceder al deseo de Nina, si no por que la emoción no le permitía pronunciar una sola frase.

La niña tomó este silencio por una triste negativa, y cojiendo una mano del anciano,

—Oh! padre mío, dijo: hay un más allá, tras esta vida de un día; hay un más allá, donde las almas, ajenas á las falsas grandezas de este mundo, solo tienen la grandeza de sus virtudes, de su pureza ó del dolor con que espieron todas sus faltas.

En ese más allá no hay títulos, ni nobleza, no hay mendigos ni señores, todos son hijos de un mismo padre y todos tienen derecho á un mismo amor. ¡Ay! señor, yo, á quien Dios acaso llama en este momento, para que llegue á su presencia, yo que me hallo quizá en dintel de esa otra vida, en el dintel de esa eternidad, puedo fijar en ella los ojos del alma y ver los vastos horizontes que encierra, velados á las miradas de los que aun están sujetos á la tierra. Oh! y cuán hermosa es esa región donde no hay lágrimas, donde impera el bien, donde no penetran los rencores y donde se reconcilian los justos.

Yo, padre mío, yo que he ofrecido á Dios mi vida en rescate de las faltas de mis padres, yo que la ofrezco de nuevo para extinguir los odios, para aplacar los enojos del corazón de los que amo, yo moriré feliz, yo dejaré el mundo contenta si V....

La niña no prosiguió: no se atrevió á terminar la frase.

El marqués, sin embargo, la adivinó, y vencido por aquel ruego, dominado enteramente por aquella voz que parecía una voz de los cielos.

—Hi a, hija de mi alma, exclamó, que vengan, que vengan al instante; yo los aguardo para abrirles mis brazos, y si tu madre ¡ay! si tu madre lleva á

tu madre mi bendición á ese más allá, donde los ángeles tienen su patria.

Nina estendió los brazos y estrechando en ellos al anciano, besó mil y mil veces sus blancos cabellos.

—Ay! dijo, mientras de sus ojos se escapaba una ardiente lágrima, ¡ay! virgen santa, dulce María, que hermoso sería el vivir ahora!

El marqués después de pagar las amantes caricias de la niña, volvió sus ojos y buscó al padre Antonio para rogarle que marchara en busca de Agustín, pero el sacerdote había desaparecido.

Aquel bendito anciano, tan pronto para ejecutar el bien, todo lo había oído y no había querido dilatar más tiempo el consuelo de aquellos corazones, cuya dicha hubiera labrado aun á costa de su existencia.

La misma elocuencia con que Nina había hablado al marqués, empleó el sacerdote para dirigirse al infeliz Agustín.

¿Qué mucho, si ella solo era discipula del santo sacerdote, cuya sabiduría y cuya ciencia eran hijas de Aquel que se complace en derramar sus dones sobre los sencillos y los humildes?

Con poco trabajo, pues, venció la resistencia del antiguo labriego, para olvidar á su vez y perdonar la desgracia de toda su vida, causada por el hijo de aquel señor rico y poderoso que ahora le abría los brazos, olvidando la diferencia de sus respectivas posiciones.

Apoyado en la mano de la ciega y acompañado del sacerdote, llegó en poco tiempo á la casa donde era esperado con sin igual impaciencia.

Tembloroso, agobiado por el peso de la vejez y por el peso de los dolores, penetró en la estancia donde estaba su amada nieta, donde estaba también el marqués.

Este de pie al lado del lecho de Nina, le vió llegar y fijó en él una mirada de conmiseración y de piedad.

¡Oh! cuánto había debido sufrir aquel pobre anciano en tantos años de soledad y de miseria!

Qué vida tan triste, qué vejez tan dolorosa se adivinaba tras aquellos blancos cabellos y tras aquella espalda encorbada.

Y Lucia, la pobre Lucia, cuántas lágrimas contenidas en aquellas pupilas sin luz!

Nina la vió llegar.

En su pálido rostro se pintó una santa alegría y en sus labios sin color apareció una sonrisa que mostraba toda la felicidad que en aquel instante le embargaba.

Fijó alternativamente sus ojos en aquellos seres que habían sido todo su amor sobre la tierra, y pareció hacer á ambos una última súplica, una postrera petición.

El marqués lo comprendió, y adelantándose hacia Agustín.

—Yo le doy gracias por haber venido, amigo mío, dijo con voz grave y reposada. Yo le doy gracias por haber venido á esta casa que puede ser en adelante la de V....

—Señor marqués...

—Yo le doy gracias sobre todo, continuó el noble anciano, por haberme dejado cumplir este último deseo de Nina y poder probarle que nuestros dos amores han sido por lo menos iguales para ella.

Lucia sin prestar atención á nada de cuanto la rodeaba, se había dirigido cerca de la niña y estre-



ahaba sus manos, abrasadas por la fiebre con una expresión imposible de pintar.

En aquel rostro sin encantos ni alegría, podía leerse un dolor tan profundo, una súplica tan ardiente, una resignación tan dolorosa, que inspiraba lástima y desconsuelo y admiración.

Su alma, más separada de las cosas terrenas por la perpétua oscuridad que la rodeaba; más aislada en sí misma, por la falta de objetos exteriores que pudiesen ocupar su atención, se alzaba á los cielos, buscando allí la esperanza que los hombres le habían negado, en la bondad de Aquel que puede dar ó quitar la vida con una sola mirada de sus ojos omnipotentes.

Todos cercaban el blanco lecho de la enferma.

Todos se afanaban por darle una muestra de amorosa ternura.

Oh! si Nina volvió el pensamiento á los años de su pobre infancia, si pensó en aquellos momentos el desamparo y la soledad y la miseria que, doquiera la habían cercado, mucho debía admirar los ocultos caminos de que Dios se había valido para verificar aquella variación tan grande, y much. quizá debía sentir dejar aquella vida, que tan dichosa pudiera ser en adelante para ella.

El marqués salió un momento de la estancia, por que necesitaba respirar el aire libre.

Conforme acrecia el peligro de Nina, acrecia tambien su pesar.

Pocos instantes despues, Agustin seguido siempre del padre Antonio fué á reunirse con él.

—Señor marqués, dijo el antiguo labriego, señor marqués, dicen que el oro todo lo puede: que hallana y vence los mayores imposibles. Yo soy pobre y nada puedo hacer: pero V. E. que es inmensamente rico, ¿no encontraria ningun medio de salvar á Nina? No habria nada que la devolviese la salud? no se hallaria alguien que dándole lo que anhelase, pudiera....

El marqués movió la cabeza suspirando.

—¡Ay! murmuró si existiese alguno que tubiera en su mano la salud de esa niña adorada; yo le daria cuanto pidiese, yo le daria cuanto pudiese por ello: pero desgraciadamente no existe nadie, nadie que alcance....

—Se engaña V., señor; dijo el padre Antonio con voz solemne. Hay uno que todo lo puede, uno que con una palabra detiene la muerte, aleja la enfermedad y saca á los muertos de sus tumbas. Ese uno es Dios! Dios, cuya mirada encierra no solo la salud de una débil criatura sino la salud del mundo entero!

—Oh! si El lo hiciera! murmuró Agustin con un destello de esperanza.

—Si El lo hiciera! repitió el marqués con desaliento.

—Él escucha siempre nuestros ruegos cuando brotan de un alma confiada y de un corazón puro y resignado!

—¡Yo lo estoy! se apresuró á decir el antiguo mendigo: yo lo estoy y le ofrezco mi vida entera por que ella se salve.

—Y yo, y yo! exclamó con afán el marqués.

—Ambos habeis dicho lo mismo! dijo lentamente el sacerdote, am! os habeis dicho lo mismo y sin embargo yo....

—¿Qué?

—Asegurais que dariais lo que se os pidiese, que

hariais cuantos imposibles exigiesen de vosotros? pues bien, Dios solo quiere que os resignéis á su voluntad, que respetéis sus altos juicios, que al brotar la oración de vuestros labios sea de una manera verdadera y ferviente.

—Oh! si lo es; si lo es! repitieron los dos ancianos como impulsados por un mismo pensamiento.

—Entonces, por que al decir «hágase tu voluntad» añadís á la par «salvada».

—Porque otra cosa está fuera de los límites de la naturaleza humana, porque otra cosa es imposible! exclamó el marqués con calor.

—Imposible! no, todo lo puede el hombre sostenido por Dios. Imposible! hé aquí la palabra que basta para apagar la fé, para hacer retroceder el alma ante las mas nobles resoluciones. ¡Hé aquí tambien lo que le quita la fuerza á la oración, el valor á la plegaria.

—Pero...

—Si, si: prosiguió el sacerdote con mas vehemencia. Si, hijos míos, porque en este momento vuestra plegaria no es una invocación á Dios, ni una aspiración de vuestra alma: vosotros no le alabais, no os poneis en sus manos.... vosotros si rezais es pidiendo por Nina! ella es vuestra religión, en este instante, ella es vuestra esperanza, ella vuestro amor, no Dios, que la puso á vuestro lado, y que es el solo dueño de su alma!

Los dos ancianos inclinaron la cabeza vencidos por aquellas razones.

La moral del padre Antonio aunque severa no tenia réplica, por que en ella estaba la verdad!

—¿Quién sabe exclamó despues dulcificando su acento, quien sabe si luego que vosotros hagais el sacrificio de vuestro corazón á los pies de ese Dios para quien nada queda oculto, se dignara escucharos, y mandará á vuestra alma los consuelos inefables, que El solo puede ofrecer! ¿quién sabe si esa niña, á quien hoy temeis perder, será la luz que os guíe á la eternidad, la estrella que alumbre vuestra senda hasta llegar al cielo! ¿Quién sabe si las lágrimas que hoy brotan de vuestros ojos por ella, serán el manantial purísimo en que se laven vuestras últimas culpas! Los dos sois muy viejos, los dos pisais los postreros escollos del mundo y apoyais vuestras trémulas plantas en las riberas de la eternidad. Resignaos, pues, á este sacrificio, resignaos pues á este dolor de un instante, esperando en cambio una dichosa inmortalidad! Oh! y ya que por ella habeis olvidado vuestra enemistad, purificando vuestro corazón del odio que le manchaba, por ella tambien separad vuestras miradas de la tierra, y fijadlas mas allá, fijadlas en el cielo y decid con sincera y humilde confianza. ¡Señor, cúmplanse tus mandatos! Señor hágase tu voluntad!

Los dos ancianos dominados por aquel acento, por aquellas palabras, por aquel fervor, sintieron algo que se agitaba en su alma, algo que les prestaba calor y vida, algo en fin que les elevaba sobre el nivel de las miserias humanas! Era la llama de la fé que avivaba en ellos su lumbr.

Por un movimiento espontáneo é indefinible se arrojaron uno en los brazos del otro, y así mezclando sus lágrimas, mezclando sus sollozos y su dolor, y su amargura, exclamaron con el mismo afán.

—Si, si Dios mio, si, Señor de cielos y tierra, hágase vuestra voluntad!



¿Quién puede comprender el valor de una sola plegaria?

¿Quién puede adivinar la influencia de una sola oración?

¿Quién se atrevería á avalorar el peso de una ardiente lágrima depositada en la balanza de la misericordia de Dios?

Oh! nadie, nadie, porque el Señor á puesto un límite á la inteligencia humana diciéndole como á las olas del mar. «De aquí no pasarás» y los misterios y los arcanos que se efectúan á su nombre, quedan ignorados á los ojos del hombre, aunque á veces los sienta y los perciba el alma.

¿Sería que los ruegos de aquellos dos padres desolados conmovieran el corazón del padre celestial? ¿Sería que aquellas súplicas, purificadas por su dolor, santificadas por la influencia de una buena acción, llegarían hasta sus plantas y le serían agradables?

Oh! ¿quién lo sabe? ¿quién le puede decir?

¿Obraría favorablemente en la naturaleza impresionable de Nina el placer de hallar á Agustín y á Lucía junto á su lecho, sin temor de verlos alejarse de nuevo?

La alegría que inundaba su alma al mirar unidos á aquellos seres á quien antes separaba un abismo, produciría en ella una crisis suficiente á salvarla?

¿Influye tanto la eficiencia en nuestra débil naturaleza?

¿Domina de tal modo el espíritu á la materia en ciertas organizaciones privilegiadas y especiales?

Oh! yo no sabría definir, no podría dar una razón exacta de lo que allí pasó.

Algunos, menos sencillos, menos creyentes, aceptarían como una causa natural, ya producida por una reacción favorable, ya por el poder de la ciencia y los medicamentos, la salvación de aquella niña: nosotros nos lo explicamos fácilmente atribuyéndolo solo al poder de Dios; y si al llamarle «un milagro de su bondad» no le damos su verdadero nombre no se acuse de ello á nuestra inteligencia si no á nuestro corazón, que cree y confía y que espera y que ama.

Cuando los dos ancianos volvieron á entrar en la alcoba de Nina, en el rostro de ambos brillaba la melancólica sonrisa de la santa y celestial resignación cristiana, pero á aquella sonrisa respondió ella con otra que parecía encerrar una esperanza divina.

El gozo de su corazón al verlos juntos, al creer asegurada para siempre la suerte de aquellos dos seres, amparo y sosten de su triste infancia, se reflejaba en su hermoso rostro, dándole una tranquilidad y una calma indescriptible.

Agustín al verla, volvió hacia el marqués sus ojos con una expresión llena de fervor y confianza.

El noble anciano comprendió aquella elocuente mirada, y su corazón respondió al corazón del otro, repitiendo ambos un solo nombre.

Dios!

Cuando Albareda llegó á hacer su acostumbrada visita, declaró que la enferma había mejorado mucho.

Todos recibieron aquella noticia como recibe la flor el rocío del cielo.

Lucía, la buena, la santa, la mártir Lucía enjugó algunas gotas de llanto, elevando una ardiente acción de gracias á la reina del cielo.

¡Pobre ciega, cuya alma estaba tan llena de luz

divina; pobre corazón que tan pocos amores había tenido en este mundo.

Que grande era para ella el beneficio que iba á concederle el cielo, devolviéndole aquella niña que había sido todo su bien y su dicha en el mundo.

Por la tarde el doctor dijo que empezaba á concebir esperanzas... á otro día... á otro día siguió el mal en descenso, y al cabo de una semana el peligro desapareció y la dicha inundó aquellas almas.

El marqués que juzgaba aquel milagro obra absoluta de Dios, no sabía como demostrarle su gratitud, y después de bendecirle con acento ferviente, bendecía al padre Antonio, y bendecía á Agustín que había rogado con él y que con él había esperado.

Y como cuando el alma se siente elevada hacia el cielo, se desprende poco á poco de las miserias de la tierra, su orgullo se fué trocando en bondad, su vanidad en mansedumbre, su odio en amor, su ostentación en humildad.

Respetaba al sacerdote, amaba á Lucía, admiraba á Agustín, y en cuanto á Nina concentraba en ella toda su dicha, todas sus esperanzas, toda su alegría. Clara y su madre admiradas de aquel cambio, se daban el parabién de ver feliz al anciano.

La primera, ya lo sabemos, había amado á Nina desde el instante primero en que la vió, y aunque al ser reconocida esta última por el marqués había perdido su sobrina todo derecho y toda esperanza de heredarle, el corazón de la niña era tan noble, tan desinteresado, que ni un solo instante había pensado en esta pérdida.

En cuanto á la señora de Montemar, si como madre al fin, había recibido este acontecimiento con algún pesar, veía tan dichosos á cuantos la rodeaban, y Nina era con ella tan amante, tan dulce y tan humilde, que había concluido por hacerse amar, y por hacerse perdonar el involuntario daño que causara.

Otro corazón también, se había empezado á abrir á las emociones dulces y puras de la esperanza y del amor.

Este corazón era el de Julio.

Nina le había impresionado, ya lo sabemos, desde la primera noche en que la vió.

Y si se había sentido arrastrado por una simpatía irresistible hacia la artista sin nombre y sin fortuna, lo fué mucho mas hacia la niña huérfana, que había sufrido tanto, y que con tal valor había soportado su desgracia.

Clara en su inocencia había fomentado este sentimiento, refiriendo á su hermano, la vida entera de Nina.

Julio no había podido oír sin profunda emoción aquellos detalles tristes y sencillos y había concebido por la joven un afecto tan lleno de ternura como de admiración.

Sin embargo, había guardado este sentimiento en el fondo de su alma, pues la enfermedad de Nina no le había dejado hasta entonces lugar á esperar.

Por eso había suplicado tanto Albareda, por eso había unido á los del joven sus deseos y sus sueños del porvenir.

Un año había transcurrido.

En la pobre aldea en que Nina pasara su infancia se notaba alguna animación y mas alegría que de costumbre.



La pobre morada que habitaba el cura había sido reedificada y embellecida, y no lejos de ella, en la antigua morada del viejo Agustín se alzaba una preciosa casa de campo, cuyos jardines estensos y bien cultivados se extendían á las afueras del pueblo, teniendo por límite los inmensos olivares, los frezcos viñedos que aumentaban el valor de aquella linda propiedad.

Un anciano de aspecto venerable y blancos cabellos, había pasado dos ó tres veces revista á las habitaciones de aquel precioso edificio decoradas con tanto gusto como sencillez, y después de asegurarse que nada faltaba en ellas, se había dirigido á la iglesia, adornada también como para una fiesta.

Aquel anciano era el santo cura de la aldea, era el padre Antonio.

En su bondadoso semblante se reflejaba el gozo que inundaba su alma, y en la actividad con que presidía el adorno de su amada iglesia, parecía que había vuelto á los hermosos años de su juventud.

—Vamos, vamos, decía dirigiéndose al buen sacristán; vamos, amigo mío, date prisa; son ya las siete, y á las ocho estarán aquí para empezar la misa y la ceremonia.

—Con que es verdad que vuelve á la aldea la niña? preguntaba aquel hombre sin dejar su trabajo, con que vuelve á la aldea, y esa hermosa casa con tantas comodidades y tanto lujo es para ella?

—No; esa casa es para Agustín y Lucía, que vivirán aquí asistidos por dos criados de confianza.

—Ah

—Sí: á ellos no les gusta la vida de Madrid y se vienen á pasar una vejez dichosa y tranquila.

—Pero Nina...?

—Ella se volverá á Madrid con su abuelo paterno y con su esposo.

—Con que vá á casarse? preguntó de nuevo el sacristán.

—Sí, hombre, si se casa con su primo, con el señor don Julio de Montemar, así el título no sale de la familia, y el marqués puede legarlo á su sobrino sin perjudicar á su nieta.

—Ya por eso...

—No, no es por eso: ellos se aman, son jóvenes y muy dignos uno de otro.

—Pero ¿es verdad, señor cura, que son dos las bodas que van celebrarse? al menos yo lo he oído decir en el pueblo.

—Y tienen razón. Se casan al par que Nina y su primo, la señorita Clara de Montemar con el doctor D. Luis de Albareda, un joven de mucha ciencia y de gran porvenir.

El fué el que curó á nuestra Nina, y tanto á su aplicado Clara á su madre, que á condescendido con esta unión.

Nina á querido celebrar sus bodas en esta iglesia en que yo la recoji, por que... vamos, si es una santa! otra se avergonzaría de este recuerdo y ella no quiere apartarlo de su corazón! La señorita Clara como la ama tanto, á querido imitarla y aquí se casarán las dos hoy, sin ostentación, sin boato, sin mas lujo que el placer de los pobres que reciban sus limosnas y las bendiciones de cuantos les cerquen. Pero date prisa, date prisa que el tiempo se pasa y pueden llegar sin que...

—Pierda V. cuidado, padre Antonio, que ya he terminado y está la iglesia como un aseno de oro! Y era verdad el aserto del buen sacristán; colga-

duras, candelabros, luces, flores, muchas flores, hacían de aquel templo un paraíso.

Se oyó el ruido de algunos carruajes.

El anciano estremecido de alegría salió presuroso á la puerta de la iglesia.

No se había engañado, eran ellos, eran los que aguardaba con tanto placer.

Nina saltó la primera del carruaje, y con el semblante lleno de vida y de placer se arrojó en los brazos del padre Antonio que la recibió en ellos llenando de gozo.

Después corrió á dar la mano á Lucía, mientras Julio conducía del brazo al viejo Agustín.

Clara sostenía al marqués, y Albareda daba el brazo á su madre futura.

Adrianesi salió el último, y se encaminó también á la iglesia.

Allí, y revestido con los ornamentos sagrados el padre Antonio dió la bendición nupcial á aquellos cuatro jóvenes unidos por un santo afecto, apoyado, no en la pasión del momento, no en las cualidades exteriores, sino lo que vale mas aun, en lo que es la mejor garantía para la felicidad del porvenir; en las hermosas cualidades del alma, y en las virtudes del corazón.

Terminada la ceremonia, Nina quiso dar gracias por su ventura á la Santa Virgen, y acompañada del maestro, elevó por última vez su voz armoniosa, á los pies del altar.

Cantó su música favorita, su plegaria á Maria, y jamás una voz humana se ha asemejado á la voz de los ángeles como la de Nina, en aquel día de dicha y felicidad.

Cuando concluyó el canto, todos los corazones latían conmovidos, en todos los ojos brotaban lágrimas de fé, de amor y de esperanza celestial.

—Qué lástima! dijo el maestro al salir de la iglesia, qué lástima, hubiera sido una artista eminente, una de esas artistas que se encuentran rara vez.

—Será en cambio una buena madre de familia y un ejemplode virtud, dijo el padre Antonio sonriendo alegremente, y eso ya vé V. que vale mucho mas.

—Sí, pero nunca me consolaré de haber perdido tal discípula.

—Se consolará V. siendo el maestro de sus hijos, añadió el sacerdote, de sus hijos, si Dios se los concede.

—Es que ella podrá enseñarlos mejor que yo mismo, respondió Adrianesi, por que ella...

—Tiene V. razón, ella les enseñará á ser virtuosos, á esperar del cielo la recompensa de nuestras acciones, á creer en fin en Dios, sabiendo siempre que HAY UN MAS ALLÁ.

FIN.